

1

Felicidad temporal

Me despertó de mi sueño la sensación de una mano ascendiendo por el muslo. Con una sonrisa, estiré las piernas y la capturé bajo mi palma. La mano estaba caliente y suave y me entrelazó los dedos con fuerza. Cuando me asió con firmeza, noté en la carne la presión del metal y mi sonrisa se acentuó al recordar el aro parejo que adornaba el dedo anular de mi mano.

Me había casado anoche... en el sentido espiritual del término, al menos. Una promesa sincera de devoción imperecedera nos bastaba de momento. Y, en realidad, lo que creaba un matrimonio no era una ceremonia formal y un trocito de papel, sino el sentimiento que estallaba ahora en mi pecho, la abrumadora sensación de que al nacer me habían partido en dos y ahora, como por milagro, había conseguido encontrar mi otra mitad. Y más milagroso si cabe: él sentía lo mismo.

Noté el suave roce de unos labios en el hombro y me acurruqué aún más contra su cuerpo, buscando consuelo. Las sábanas que nos envolvían eran las más exquisitas que había conocido, pero su suntuosidad no era nada en comparación con el hombre que tenía a mi lado. Con sus cálidas piernas enlazadas con las mías, su ancho torso resguardándome la espalda y sus brazos envolviéndome y acunándome contra él, resultaba mucho más comfortable que aquella carísima cama.

Me llevé a los labios los dedos entrelazados con los míos y besé con ternura la alianza que lucía en la mano izquierda. Oí una risilla y, acto seguido, percibí sus sensuales labios ascendiendo por mi cuello. Caliente y satisfecha, de inmediato se me puso la piel de gallina, una réplica a las pequeñas descargas de electricidad que me recorrían por entero.

Cuando alcanzó la oreja, susurró:

—Buenos días, señora Kyle.

El corazón empezó a retumbarme en el pecho. Me giré entre sus brazos hasta poder verlo. Me encontré con unos ojos del color del cielo crepuscular evaluando mis facciones, una sonrisa en los labios. Su cara era perfecta: el ángulo de la barbilla, la pendiente de la nariz, la plenitud de los labios. En aquel momento, no recordaba nada más bello que el hombre que acababa de darme su apellido.

—Buenos días, señora Kyle.

Se me escapó una risilla de incredulidad y la sonrisa de Kellan se hizo más pronunciada. La complacencia de su mirada era palpable. Saber que yo era la razón de que se sintiese así me llenaba el corazón. Kellan había sufrido mucho en la vida y se merecía disfrutar de la paz. La profundidad de su amor, el hecho de que fuera yo quien se lo inspirara, me resultaba surrealista. A veces, no me sentía merecedora de él, pero se lo agradecía, a diario.

—No puedo creer lo que acabamos de hacer, Kellan.

Él enarcó una ceja y su sonrisa se tornó malévola al instante.

—¿El qué? ¿Una sesión de sexo alucinante? Eso no debería sorprenderte. —Dulcificó la expresión hasta convertirla en una de adoración—. Contigo siempre es increíble.

Me mordí el labio y me obligué a ignorar el rubor que me provocaban sus palabras.

—No me refería a eso. —Levanté la mano que tenía libre y le acaricié la mandíbula con un dedo—. Me refería a casarnos.

Kellan se apoyó en un codo y se quedó mirándome. Sus ojos se deslizaron hacia nuestras manos entrelazadas, hacia el anillo que rodeaba su dedo. La expresión de satisfacción de su rostro se transformó en dicha. Nunca le había visto tan feliz.

—Hasta que la muerte nos separe —susurró.

Yo, recorriéndole con la punta de los dedos el torso, los valles y las montañas de un cuerpo tan perfectamente definido que empezaba a encender el mío, murmuré:

—Mis padres no te aceptarán como mi esposo hasta que me vean en el altar, lo sabes bien.

Recordé que les había dejado un vago mensaje en el contestador de casa de Kellan, ya que seguían en la ciudad después de asistir a mi ce-

remonia de graduación, que había tenido lugar ayer. Fruncí el entrecejo. Sabía que se enfadarían muchísimo cuando se despertaran y escucharan el mensaje diciéndoles que me había casado sin incluirlos a ellos en la ceremonia. La verdad es que me sorprendía que aún no hubiera sonado el teléfono... o que no hubieran echado abajo la puerta de la habitación.

Kellan se echó a reír y se colocó encima de mí. Con una cálida sonrisa, le acaricié la espalda.

—Les daré... —Inclinó la cabeza y me estampó un beso en el cuello, luego recorrió a besos mi clavícula. Mi corazón empezó a acelerarse—. Les daré la ceremonia que quieren...

Me miró y continuó paseando sus labios por la clavícula hasta alcanzar el pecho. Me esforcé por no retorcerme de placer.

—Te daré la boda de tus sueños, Kiera.

Cerró entonces la boca en torno a mi pezón, y me asaltaron los recuerdos de la pasión de la pasada noche. Por satisfactoria que hubiera sido nuestra primera unión como marido y mujer, quería más, le quería de nuevo. Me veía incapaz de dejar de quererle, en todos los sentidos que eso implicaba.

Enredé los dedos entre su cabello, mi respiración excitada, y su boca abandonó en aquel momento la zona erógena que había localizado. Le miré y él me miró. Esbozó entonces una sonrisa ladeada, me besó entre los pechos y descendió por mi vientre. La idea de que su excursión continuase hacia el sur me provocó un anhelo doloroso incluso. Su sonrisa se volvió lasciva, como si acabase de adivinar mis pensamientos.

—Te lo daré todo, Kiera, pero hasta que no pueda hacerlo debidamente... —sumergió la lengua en mi ombligo antes de seguir recorriendo el abdomen. Gemí y cerré los ojos, proyectando las caderas hacia arriba y empujándole la cabeza hacia abajo con mi movimiento. Capté una risa ronca mientras sus labios descendían por el muslo. Con el aliento caldeándome la piel, acabó por fin la frase—: ...también podemos disfrutar todo lo que podamos.

Su lengua rozó entonces mi punto más placentero y dejé de lado todo fingimiento.

Varias horas después nos vestíamos por fin y nos preparábamos para abandonar la lujosa habitación del hotel. Un rápido vistazo al teléfono móvil me sirvió para descubrir que Kellan debía de haberlo apagado en algún momento de la noche. Supuse que eso explicaba que no hubiéramos tenido interrupciones de ningún tipo. Sonriéndole mientras cogía la chaqueta del confortable sofá situado delante del tocador —un sofá que también probamos anoche—, encendí de nuevo el teléfono. Me saludó alegremente la alerta avisándome de que tenía un mensaje en el buzón de voz; y habría todavía más.

Pensando que no tardaría mucho en tener que enfrentarme a mis muy infelices padres, ni siquiera me tomé la molestia de escuchar los mensajes. De todos modos, sabía de sobra qué decían: «¿En qué estabas pensando? No puedes casarte con él, Kiera. ¡Vuelve aquí inmediatamente para que podamos meterte en un avión y mandarte a casa!» Etcétera. Les llevaría un tiempo aceptar esta unión.

Y más tiempo iba a llevarles aceptar el hecho de que pronto me echaría a la carretera para acompañar a mi marido de gira. La verdad es que yo estaba aún conmocionada. Viajar por el país acompañando a Kellan había sido imposible mientras estaba estudiando, pero acababa de graduarme y era libre. Podía hacer lo que me apeteciera. Y quería estar con él, fuera donde fuese.

Mi padre era de la vieja escuela: ir a la universidad, graduarse y conseguir un buen trabajo. Kellan ni siquiera había cursado estudios superiores. Se había marchado de casa al acabar el instituto y se había lanzado a la escena musical de Los Ángeles en compañía de Evan, Matt y Griffin. Tocaba con ellos desde entonces. Mi padre estaba perplejo con el tipo de vida elegido por Kellan. Y se pondría furioso con mi decisión.

Pero era mi vida y pensaba hacer lo que me pareciera bien. Y estar con Kellan era... fabuloso. No deseaba estar en otro lugar que no fuera a su lado. Aunque no pensaba renunciar a mis sueños y vivir a expensas de él. No, pensaba luchar por hacerlos realidad y, casualmente, el trabajo de mis sueños encajaba a la perfección con lo que hacía él.

Quería ser escritora, y eso me daba cierta libertad ya que podía escribir en cualquier parte, siempre y cuando dispusiera de cierta privacidad.

Sabía que sería complicado escribir en un autobús lleno de chicos alborotadores, pero estaba segura de que conseguiría encontrar cada día unas horas para plasmar sobre el papel alguna cosa coherente. Estaba escribiendo mi primer libro, que era autobiográfico en cierto sentido, puesto que estaba basado en hechos reales. Era una descripción detallada e íntima de todo lo que había sucedido entre Denny, Kellan y yo. El amor, el deseo, la traición...; todo estaba presente.

Escribir era tortuoso, pero terapéutico. Dar un paso atrás y observar la situación con mirada crítica me ayudaba a ver mis numerosos errores. Había momentos en los que me había mostrado llorona, pegajosa, mezquina, caprichosa, total y absolutamente pesada. Ver mis debilidades al desnudo era una experiencia humillante. El libro era tan personal que no estaba segura de si al final acabaría permitiendo que alguien lo leyera. Sobre todo Kellan. Pero me lo había pedido, y le había dicho que sí. No quería desdecirme y tendría que garantizarle, en cada una de aquellas dolorosas páginas, que ya no era la chica débil y patética que aparecía a menudo en ellas. Que sabía lo que quería, y que lo que quería era él.

Inspeccioné la habitación para asegurarme de que no me dejaba nada y mis ojos se posaron en la desordenada cama. La espléndida colcha roja estaba hecha un guñapo y las sábanas de raso de color crema asomaban por debajo, completamente arrugadas. Kellan y yo habíamos aprovechado bien el gigantesco lecho, rodando por él explorándonos mutuamente. Nuestros gemidos y nuestros gritos de éxtasis reverberaban todavía en mi cabeza y por millonésima vez agradecía que Kellan hubiera accedido a mi idea de pasar la noche de bodas en la habitación de un hotel. No me imaginaba haciendo todo lo que habíamos hecho anoche en casa, con mis padres en la habitación de al lado.

Kellan apareció en aquel momento detrás de mí y me enlazó por la cintura. Inspiré hondo para saborear aquel aroma fresco y tonificante tan suyo. Me besó el oído y murmuró:

—Deberíamos irnos. Le dije a Gavin que hoy desayunaría con él y ya vamos tarde... Me parece que será más bien un *brunch*.

Le miré por encima del hombro y no logré contener mi sonrisa. Gavin Carter era su padre biológico. Kellan llevaba meses retrasando aquel en-

cuento; le aterrorizaba verse con él. Pero ayer se habían reunido por fin y Kellan había decidido intentar mantener una relación con el hombre que le había engendrado.

Me giré y lo enlacé por detrás del cuello. Le acaricié la nuca y le di un beso.

—Estoy segura de que comprenderá que nuestra noche de bodas se ha alargado un poco.

Kellan suspiró y me atrajo hacia él. Noté su cuerpo, duro e inflexible. Mis manos ardían por palpar las curvas de sus definidos músculos, pero sabía que siempre que lo hacía él acababa explorándome a mí, lo que solía acabar con una prolongada e interminable sesión de amor... y teníamos que irnos. Conteniéndome con mucho esfuerzo, limité el movimiento de mis manos a las caricias en la nuca.

Kellan me besó en la coronilla.

—Aún no puedo creerme que seas mi esposa.

Acurruqué la cara contra su torso con la sensación de que el corazón iba a estallarme. Cuánto le amaba. Abrazados como estábamos, el deseo había ido apoderándose de mí, y tuve que reprimir de nuevo la necesidad de expresarle físicamente el amor que sentía por él. Me aparté, con el entrecejo fruncido.

—Tienes razón, hemos de irnos.

Kellan rió al ver mi expresión.

—¿Quieres más sexo, verdad?

Ruborizada, lo aparté con un cariñoso empujón.

—Creo que anoche ya batimos bastantes récords... y esta mañana también.

Noté el rubor que me ascendía por las mejillas y aparté la vista.

Kellan, cuadrándose delante de mí, me cogió por la barbilla y me obligó a mirarle.

—¿Quieres sexo? —me preguntó, y comprendí que no iba en broma.

La pregunta era tan directa que me costó sostenerle la mirada. Por instinto, quería apartar la vista. Pero no lo hice. Me obligué a mirar sus ojos azul oscuro y respondí:

—Sí.

Kellan me sonrió orgulloso.

—¿Tanto te cuesta reconocerlo? —dijo con un brillo en la mirada.

Iba a cerrar los ojos, pero me forcé a no hacerlo. Kellan no quería que me cortase en su presencia. Y no quería burlarse de mí, sino ayudarme a crecer. Mirándole a los ojos, volví a asentir.

—Sí, la verdad, me cuesta un poco.

Hizo un mohín y se alejó de mi lado.

—Quiero que me digas que quieres sexo... aquí y ahora.

Me quedé boquiabierta.

—Kellan... —De repente me sentí cohibida y me cubrí el pecho con las manos. Llevaba el vestido ceñido y provocador que mi hermana Anna me había prestado para la ceremonia de graduación y que dejaba mucha piel al descubierto—. Te lo he pedido en otras ocasiones... ¿por qué quieres ahora abochornarme de esta manera?

Con un suspiro, Kellan se inclinó para mirarme a los ojos.

—En otras ocasiones me lo has pedido en el calor del momento, cuando ya íbamos directos a ello. Quiero que te sientas cómoda pidiéndomelo en cualquier momento, en cualquier lugar.

Levanté una ceja.

—¿En cualquier lugar?

Kellan me sonrió con picardía.

—En *cualquier* lugar.

Sabiendo que no iba a cambiar de tema, resoplé con contrariedad. Dejé caer los brazos en mis costados y conté hasta diez. La verdad es que no era tan difícil. Debería ser capaz de decirle que me apetecía acostarme con él. Había utilizado mi cuerpo en diversas ocasiones para pedírselo. Pero decírselo así, sin más, era otra cosa. Me hacía sentir mucho más vulnerable.

Levanté la barbilla y dije, con resolución:

—Kellan, ¿te apetece más sexo conmigo?

La verdad es que intenté decirlo con resolución, pero mi voz sonó aguda y forzada, cualquier cosa menos sexy.

Pero por la cara que puso Kellan, era como si acabara de regalarle una sesión privada de baile erótico. Deslizó una mirada ardiente por todo mi

cuerpo, encendiéndome. Sus ojos se deleitaron en mis labios, mi pecho, mis caderas, y aunque no estaba tocándome, mi cuerpo respondió como si estuviera haciéndolo. Sus ojos ansiosos de sexo volvieron a clavarse finalmente en los míos y dio un paso al frente. Me rozó con la cadera y jadeé. Inclinandose sobre mí, acariciándome la piel con su aliento, me murmuró al oído:

—Esto es lo más caliente que te he oído decir en mi vida.

Cerré los ojos. Estaba vibrando, a la espera de que me tocara. Todos mis puntos sensibles bullían de excitación. Con solo que rozara mis labios con los suyos, que su pulgar resbalara por mi pecho, que abarcara mis nalgas con la mano, explotaría... estaba segura.

Cerró la boca atrapando el lóbulo de mi oreja y gemí sin poder evitarlo.

—Pero tenemos que irnos.

Y con esto, me cogió de la mano y tiró de mí. Sorprendida por un movimiento tan brusco, abrí de golpe los ojos. Estaba mirándome con una sonrisa y tiraba de mí hacia la salida, no hacia la cama.

Lo miré con mala cara al ver que se echaba a reír.

—Lo siento, Kiera, pero tendrás que permanecer insatisfecha un ratito. —Ladeó la cabeza y la sonrisa se intensificó—. Considéralo como una especie de... karma... por todas las veces que me has dejado excitado y solo.

Me invadió un sentimiento de culpa, pero le hice caso omiso. Nuestro pasado carecía ya de importancia.

—Eres malvado —murmuré.

Me estampó un besito en la mejilla.

—Mmmm, tal vez tengas razón. —Se acercó a mí, me agarró por el trasero y pegó mis caderas a las de él. Una llamarada de fuego me recorrió al instante y gemí levemente antes de decidir controlarme. Recorriéndome el perfil de la mandíbula con la nariz, dijo con voz ronca—: Porque tengo intención de seguir excitándote todo el día.

Fastidiada por estar tan excitada, le di un empujón.

—Cabrón.

Abrió la puerta sin parar de reír. Cogí el bolso y eché una última mirada a la arrugada cama, que era como si anunciase: «¡Acabo de vivir una sesión de amor apasionado!»

—Espera un momento, Kellan. ¿No deberíamos hacer la cama antes de irnos?

Él unió las cejas y se quedó mirándome, para mirar luego las alborotadas sábanas. Negando con la cabeza, murmuró:

—No, dejaremos la habitación tal y como está. Quiero que el mundo sepa qué pasó aquí... la noche que consumamos nuestro matrimonio —dijo mirándome a los ojos.

Suspiré, conmovida por sus palabras. Y entonces Kellan añadió:

—Además... queda caliente.

Con una expresión de exasperación, le seguí y salimos juntos de la habitación.

La mujer de recepción no le quitó los ojos de encima a Kellan mientras estuvo atendiéndonos. Cuando le entregó la tarjeta de crédito, me fijé en que la mirada de la recepcionista se detenía en la alianza que mi esposo lucía en la mano, pero por la intensidad de sus ojos imaginé que le importaba poco que estuviese casado.

Kellan era un hombre de los que quitan el hipo, y los hombres atractivos llaman la atención en cualquier sitio. Me había acostumbrado a esa reacción y ya no me molestaba. O, al menos, no me molestaba tanto como antiguamente.

La ávida recepcionista le entregó a Kellan la factura con actitud enfurruñada. Por el destello de decepción que mostraron sus ojos cuando él le dio las gracias sin ni siquiera mirarla, me dio la impresión de que estaba esperando que él le preguntara si le apetecía subir un rato a una habitación. Contuve mi sonrisa cuando por fin nuestras miradas se cruzaron. Tal vez la recepcionista estuviera esperando disfrutar de un polvo rápido con aquel hombre tan apetecible que estaba a punto de abandonar el vestíbulo, pero Kellan ya no hacía polvos rápidos con desconocidas.

Acurrucándome junto a él, le di las gracias por nuestra agradable estancia. Reí como una tonta después de decir aquello, excitada aún tras mi noche de bodas. Kellan me dio un besito en la cabeza cuando nos alejamos del mostrador para salir del hotel.

—Cuando lleguemos a casa, llamaré a Gavin y le diré que venga a casa

para el *brunch*. Lo normal sería que las dos familias se conocieran formalmente, ¿no?

Kellan sonrió feliz y su gesto me caldeó el corazón. Acababa de referirse a su padre como su «familia». Eso estaba a años luz de cuando no quería saber nada de él.

—Sí, me parece estupendo. —Me encogí de miedo—. Aunque mis padres me matarán. —Levanté la mano con el anillo—. Y luego te matarán a ti.

Kellan se limitó a encogerse de hombros ante mi comentario. Llegamos al coche que habíamos dejado en el aparcamiento. Me abrió la puerta galantemente, me dio un besito en la mejilla y me senté en el Chevelle. Kellan correteó hasta el lado del conductor con una sonrisa gigantesca dibujada en la cara. Estaba feliz por haberme hecho su esposa, por saber que era suya y que no me iría a ningún lado. Siempre había esperado que el hombre que se casara conmigo me amara con locura, pero Kellan... me amaba por encima de todas las cosas. La profundidad de su amor me abrumaba a veces, pero el amor que yo sentía por él era asimismo muy fuerte. Lo era todo para mí.

Entró en el coche y yo me deslicé por el asiento para pegarme lo máximo posible a él. Me pasó el brazo por el hombro y me sonrió de oreja a oreja.

—¿Me echabas de menos? —preguntó con voz ronca.

Moví afirmativamente la cabeza y estiré el cuello para darle un beso. Kellan me devolvió mi muestra de cariño, su mano abarcándome la mejilla. Moví la lengua contra la de él y gimió, para apartarme a continuación.

—Se supone que soy yo el que debe pasarse el día excitándote, no al revés.

Su mohín era adorable y no pude evitar reírme.

—Lo siento, he aprendido del maestro.

Kellan liberó dramáticamente el aire de sus pulmones y retiró el brazo para poder poner el coche en marcha.

—Me está bien empleado, imagino.

El potente motor cobró vida y la expresión de felicidad de Kellan reapareció.

Recosté la cabeza en su hombro, mi cara era la viva imagen de la de Kellan. A pesar de que la recepcionista se había comido literalmente con los ojos a mi marido, a pesar de que mi padre intentaría matarme en cuanto me viera y a pesar de que el recién descubierto padre de Kellan iba a pasarse por casa para hacernos una visita, hoy era un día perfecto: nada iba a empañar mi felicidad.

Cuando llegamos a la estrecha calle de Kellan, se apoderó de mí la sensación de volver a casa. Me había gustado la noche que habíamos pasado fuera, pero me alegraba estar de nuevo en mi hogar. Y me alegraba *de verdad* de haberme mudado allí hacía unas semanas. Cuando Kellan aparcó delante del edificio de dos pisos de color blanco, encontramos otro coche estacionado en el camino de acceso. Frunció el entrecejo al ver el reluciente Jetta deportivo de color rojo. Me embargó la curiosidad, puesto que el coche no pertenecía a nadie que yo conociera.

Kellan apagó el motor del Chevelle y murmuró «Mmmm» al abrir la puerta. Abrí la de mi lado, preguntándome si tal vez se trataría de Gavin y sus hijos. No vivía en la ciudad. Quizás había alquilado un coche. Aunque me costaba creer que Gavin se presentara sin haberle preguntado antes a Kellan si podía ir a visitarlo. Además, habría necesitado la dirección. Y la verdad es que dudaba que un coche de alquiler luciera una pegatina que rezaba: «SI VAS A DARME POR DETRÁS, AL MENOS TÍRAME DEL PELO».

Sabiendo, después de ver aquello, que la conductora era una mujer y probablemente una de las numerosas ex lo que sea de Kellan, lo seguí a regañadientes hacia la puerta. Si se había presentado en casa alguna chica vestida solo con un abrigo mientras mis padres estaban aquí, me iba a dar un patatús.

La puerta no estaba cerrada con llave y Kellan entró. Estiró el brazo para buscar mi mano y pasamos juntos al vestíbulo. La casa de Kellan no era muy grande. A la derecha del vestíbulo estaba la escalera que subía a las habitaciones, la puerta de la izquierda se abría a la cocina y la de delante daba acceso al salón. Mis padres estaban sentados en el confortable sofá del salón, mi padre con cara de pocos amigos. Mi madre intentaba disimular, pero enseguida me di cuenta de que también estaba enfadada.

No sabía si aquello se debía a mi precipitada fuga para casarme o si estaban enojados por la persona repantingada en el sillón, un sillón que tenía un gran valor sentimental para mí, puesto que Kellan me lo había regalado cuando rompimos. Para mí había significado mucho que hubiese pensado en mí tanto en un momento en que en realidad no me merecía en absoluto su bondad. Cuando vi a una desconocida sentada de lado en el sillón, sus pies calzados con tacones colgando del brazo del asiento, se me formó un nudo en el estómago.

Al oír nuestra llegada, la chica ladeó la cabeza para poder vislumbrar la puerta. Y cuando Kellan la vio, murmuró «Mierda» y me miró con expresión preocupada. El nudo de mi estómago se transformó en hielo cuando me pregunté quién sería aquella joven.

Kellan me apretó la mano y entró en el salón para saludar a la recién llegada. Cuando ella nos vio, miró a Kellan y entrecerró los ojos. Tenía el cabello oscuro y ojos igual de oscuros. Y parecían más oscuros si cabe gracias al ahumado en gris que maquillaba sus párpados. Llevaba los labios pintados de un tono rojo intenso y los fruncía en un mohín que daba a entender fastidio y resultaba erótico a la vez. Era atractiva, pero eso ya me lo esperaba. La mayoría de las conquistas de Kellan lo eran.

Con expresión de desprecio y voz grave y ronca, rugió:

—No me jodas, Kellan Kyle. —Encantada con lo que acababa de decir, sonrió y añadió—: Oh, espera un momento, ya lo has hecho.

Cuando recuperó su cara de pocos amigos, mi expresión se ensombreció: aquella mujer había empezado ya a desagradarme.

Ignorando el comentario, Kellan saludó ante todo a mis padres.

—Martin, Caroline. —Y luego dirigió de nuevo su mirada a la chica maleducada tumbada en mi sillón favorito—. Joey.

Uní con fuerza las cejas observando a la joven que miraba furibunda a Kellan. ¿Joey? ¿La ex compañera de piso Joey? ¿La chica que vivía aquí unas semanas antes de que Denny y yo nos mudáramos... hace dos años? Jamás pensé que fuera a regresar. ¿Qué demonios hacía ahora aquí?

Con expresión tensa, Kellan dio voz a mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí?

Se levantó de un brinco. Cruzó los brazos sobre su generoso pecho y levantó la barbilla. Con una mirada feroz, le espetó:

—¿Dónde narices están mis cosas, Kellan?

Él se quedó un instante boquiabierto y la rabia se infiltró en su expresión. Apretándome la mano algo más fuerte, respondió:

—Has estado fuera dos años. Lo tiré todo.

Me mordí el labio para no encogerme de miedo. De hecho, había sido *yo* quien había tirado sus cosas. Joey se había marchado de allí indignada después de que Kellan se acostara con ella y después de que, inmediatamente, se acostara con otra. No siempre había sido el amante dulce y fiel que era ahora. Kellan me había contado que Joey no le quería, que era una mujer muy posesiva. Él la había ofendido compartiendo su cama con otra mujer, aunque ella también había estado compartiéndola con otros hombres.

Denny y yo habíamos utilizado sus muebles cuando nos mudamos allí. Después de haber acabado tan mal, todo aquel mobiliario me parecía contaminado, como si el fantasma de mi antigua relación se hubiese infiltrado en la madera oscura. Para purgar la casa, había sacado de allí todas sus cosas. Tal vez no debería haberlo hecho, puesto que no eran mías, pero no quería seguir viendo nada de todo aquello por allí, quería empezar con Kellan a partir de cero. Pero era de esperar que aquella decisión acabara volviéndose en mi contra.

Teatralmente rabiosa, Joey empujó a Kellan.

—¿Tú de qué vas? ¡Esas cosas no eran tuyas, no podías tirarlas, cabrón!

Acalorado, Kellan dio un paso al frente.

—Te largaste. ¡No es mi problema que decidieses dejar todos tus trastos aquí! —La miró con desdén—. Mi casa no es tu almacén personal.

Joey resopló burlescamente y levantó una mano en un gesto de desprecio.

—Lo que tú digas, Kellan. No necesito para nada tu mierda temperamental. Si no tienes ya mis cosas, puedes pagarme su valor. —Sonrió con suficiencia—. Con mil quinientos me sentiría compensada.

Emití un sonido ahogado y Joey ladeó la cabeza para lanzarme una mirada furiosa.

—¿Y tú quién cojones eres? —dijo enarcando una ceja—. ¿El último capricho de Kellan?

Mi padre se levantó; tenía sus mejillas encendidas.

—¡No sé quién es usted, señorita, pero le prohíbo que le hable a mi hija de esta manera!

Temía que a mi padre le diese un infarto de lo enojado que estaba, pero su rabia no era nada comparada con la de Kellan. Me soltó la mano, se acercó a Joey y se quedó mirándola.

—Cuidadito, Josephine. Estás hablando con mi esposa.

Joey pareció intimidarse por un momento y dio un paso atrás. Luego cayó en la cuenta. Le salieron los oscuros ojos de las órbitas y se quedó mirándome boquiabierta. A continuación, rompió a reír.

—Dios mío, ¿lo dices en serio? ¿Tú, el hombre más mujeriego que he conocido en mi vida, casado? Vaya chiste.

Kellan se cruzó de brazos mientras mi padre suspiraba y se dejaba caer de nuevo en el sofá. No estaba *nada* satisfecho con aquello del matrimonio. Me pareció que mi madre sorbía un poco por la nariz, pero yo estaba demasiado concentrada en Joey como para mirarla, y además estaba empezando a ponerme furiosa y tenía muchas ganas de echar de casa a aquella zorra entrometida.

Kellan pensaba lo mismo. Y señalándole la puerta, le dijo:

—De acuerdo. Tendrás tus mil quinientos a cambio de tus cosas. Y ahora lárgate de una vez.

Joey negó con la cabeza.

—Oh, me parece que no, ya no, Kellan.

Él ladeó la cabeza, sin entender nada. Yo tampoco entendía nada. Con las manos cerradas en puños, me abalancé hacia ella.

—¡Ya lo has oído! Te daremos tu dinero. —Hice un gesto, como echándola—. Y ahora vuélvete al agujero de donde hayas salido.

Joey me fulminó con la mirada. Y siguió mirándome mientras le hablaba a Kellan.

—Tengo algo tuyo que voy a devolverte —le miró entonces a él—, ya

que no me sirve de nada. —Kellan unió las cejas y Joey sonrió con satisfacción al verlo tan confuso—. Y si quieres recuperarlo, corazón, tendrás que duplicar ese importe.

—¡Estás loca! —le espeté.

Joey me hizo caso omiso y miró a Kellan a los ojos. Se inclinó para coger el bolso que había dejado en el sillón, y como llevaba minifalda, la práctica totalidad de sus muslos quedaron al aire. Abrió el bolso y extrajo una minúscula tarjeta de memoria de forma rectangular, de las que utilizan las cámaras digitales, las videocámaras y algunos teléfonos móviles. Kellan abrió los ojos de par en par al ver aquello. La miró fijamente, y antes de que me diera tiempo a preguntar qué demonios sucedía, le dijo rápidamente a Joey:

—De acuerdo, te daré tres mil.

Dirigiéndome una sonrisa victoriosa, ella le entregó a Kellan la tarjeta SD. Empecé a darle vueltas al asunto y a pensar qué podía contener aquella tarjeta para que Kellan estuviese dispuesto a pagar tanto dinero por ella. El ardor que notaba en el estómago se transformó en náuseas. Él cogió la tarjeta y le señaló la puerta.

—Te lo haré llegar mañana.

Joey le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Más te vale, porque si no lo haces, convertiré tu vida en un infierno.

Me miró con una sonrisa malévola. Kellan cerró los ojos.

—Lárgate de una condenada vez de mi casa, Joey. —Y abriendo los ojos de nuevo, añadió—: Y no vuelvas nunca más.

Diciendo alegremente adiós a mis padres con la mano, Joey taconeó hacia la puerta de entrada. Nadie se movió ni dijo palabra cuando salió de la casa. Y cuando el sonido del motor del coche se filtró a través de la puerta, Kellan empezó a relajarse. Volviéndose hacia mis padres, guardó discretamente en el bolsillo la tarjeta de memoria.

—Lo siento. Confío en que no os causara muchos problemas en nuestra ausencia.

La postura de mi padre se volvió rígida en cuanto miró a Kellan. Habría jurado que su cabello canoso estaba volviéndose más blanco por momentos.

—Me preocupa más lo que vosotros dos estuvierais haciendo anoche

que tu hortera amiga. —Con las mejillas encendidas, nos miró a mi marido y a mí—. ¿Qué es eso de largarse de aquí para casarse? —Fijó sus cálidos ojos castaños en mí—. ¿Has perdido la cabeza, Kiera?

Mi madre sorbió otra vez por la nariz y mi padre le dio unas palmaditas en la mano. Deseaba poder sentarme con ellos y explicarles lo de anoche, pero estaba aún en estado de *shock*. ¿Qué demonios era eso que Kellan se había guardado en el bolsillo? ¿Y por qué lo valoraba en tres mil dólares?

Viendo que mi padre empezaba a dar unos golpecitos insistentes en el sillón, Kellan me miró. Su cara era una mezcla de diversión, resignación... y miedo. No sé muy bien si lo hacía a propósito, pero había colocado las caderas de tal manera que yo ya no veía el bolsillo que guardaba la tarjeta de memoria. Pero sabía que estaba allí.

Kellan me indicó que tomara asiento en el espacio vacío, al lado de mi padre, y a continuación señaló la puerta de entrada.

—Enseguida vuelvo. Quiero ir a ver el coche para asegurarme de que Joey no le ha hecho nada. —Y dirigiéndome una tensa sonrisa, añadió—: Si ha rallado a mi bebé con la llave, tendrás que contenerme, porque la mataré. —Rió y se encaminó hacia la puerta.

Mis palabras lo detuvieron en seco.

—¿Qué contiene esa tarjeta de memoria?

La sonrisa de Kellan se borró al instante. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—No es nada. No te preocupes por eso, Kiera.

Ignorando por un instante a mis padres, me acerqué a Kellan. Intenté alcanzarle el bolsillo, pero se apartó ágilmente de mí. Tratando de controlar la rabia que se apoderaba de mí, repetí:

—¿Qué contiene esa tarjeta?

Viendo que no iba a claudicar, Kellan se inclinó hacia mí para susurrarme:

—¿No podemos hablar de esto después... en privado?

Deseaba asentir y sentarme con mis preocupados padres para poder explicarles lo de mi matrimonio «simbólico», pero no podía sacarme de la cabeza la sonrisa de satisfacción de Joey. Consciente de que parecía un disco rallado, pero incapaz de evitarlo, volví a preguntar.

—¿Qué contiene esa tarjeta?

Enfadado conmigo, Kellan entrecerró los ojos y me soltó:

—¿Qué piensas que es, Kiera? ¡Nos filmamos follando!

Una expresión instantánea de remordimiento se apoderó de sus facciones al darse cuenta de lo que acababa de decirme tan disparatadamente. Cuando se enfadaba, Kellan solía perder el filtro que le limpiaba la boca, y enfrentarse a Joey le había llevado al límite. Supongo que mi interrogatorio incesante fue la gota que colmó el vaso.

Me quedé boquiabierta y me sentí como si acabara de echarme encima un jarro de agua fría. Sabía que era eso. Lo sabía de verdad, pero oírle confesarlo era muy doloroso. Me sentía machacada, destrozada. Con los ojos llenos de lágrimas, murmuré:

—¿Hiciste una cinta pornográfica con ella?

Mi madre tosió para aclararse la garganta y se agitó con incomodidad en el sofá. Fue entonces cuando de pronto recordé que Kellan y yo no estábamos solos. No, había sido tan estúpida que ni siquiera había sido capaz de esperar a estar solos para mantener esa conversación. Había deseado satisfacer ante todo mi curiosidad. Habría dado cualquier cosa para no saber que mi recién estrenado marido tenía en el bolsillo un documental en el que aparecía haciéndolo con otra chica. Y habría dado cualquier cosa para que mis padres no lo supieran.

Viendo mi dolor, Kellan se acercó a mí con los brazos abiertos.

—Kiera, puedo explicártelo.

Levanté las manos mientras las lágrimas empezaban a rodarme por las mejillas. No quería ninguna explicación. Solo quería estar sola. Dándoles la espalda a él y a mis padres, eché a correr escaleras arriba. Oí que Kellan me decía que esperase, que mi madre me llamaba, pero los ignoré. Cerré de un portazo, me deshice de mis zapatos de un puntapié, me derrumbé en la cama y dejé que mis lágrimas manaran libremente.

A la mierda mi felicidad.